

VIII.

Los Guisas.

La misma tarde del día en que Chicot se ponía en camino para Navarra, volveremos á hallar en el gran salón del palacio de Guisa, al que más de una vez hemos conducido ya á nuestros lectores; volveremos á hallar, decimos, á aquel joven de ojos vivos, á quien ya vimos entrar en París á la grupa del caballo de Carmainges, y á quien ya conocemos por la hermosa penitente de don Modesto Gorenflot. Á la sazón no había tomado precauciones para

disimular su sexo ni la identidad de su persona. La duquesa de Montpensier, vestida con elegancia, mostrando una garganta bellísima y adornados sus cabellos con estrellas de fina pedrería, con arreglo á la moda de la época, esperaba con impaciencia, en pie en el hueco de una ventana, á alguno que tardaba en llegar.

Comenzaba á oscurecer, y la duquesa apenas distinguía ya con mucho trabajo la puerta principal del palacio, en la que tenía constantemente fijos los ojos.

Por fin se oyeron los pasos de un caballo, y diez minutos después anunció el ujier con misterio á la señora de Montpensier el duque de Mayenne.

La duquesa se dirigió al encuentro de su hermano con tal precipitación, que se olvidó de apoyar el peso de su cuerpo sobre la punta del pie derecho, según acostumbraba cuando quería disimular su cojera.

— ¡Solo, hermano mío! — le dijo. — ¡Vienes solo?

— Sí, querida hermana, — respondió el duque sentándose, después de haberla besado la mano.

— ¡Y Enrique? ¡En dónde está Enrique? ¡Sabes que todos le aguardan aquí?

— Enrique nada tiene que hacer al presente en París, al paso que reclaman su persona las ciudades de Flandes y de Picardía. Nuestro trabajo es lento y debe permanecer secreto, y no nos falta ocupación allá abajo. ¡Por qué, pues, lo hemos de abandonar para venir á París, en donde todo marcha bien?

— Pero todo se malogrará, si no os dais prisa.

← ¡Bah!

— Eso es; con decir ¡bah! sales siempre del paso... Pues bien, yo te aseguro que los ciudadanos de París no se contentan con esas razones, que quieren ver á su duque, y que con esto sueñan y deliran.

— No tardarán en tenerle á su lado. ¡Por ventura no te lo ha explicado todo Mayneville?

— Sí, por cierto, pero no es lo mismo oírlo de su boca que de la tuya.

— Hermana mía, hablemos de lo principal. ¡Y Saleedo?

— En el otro mundo.

— ¡Sin hablar?

— Ni una palabra.

- Bueno. ¿Y el armamento?
- Negocio concluído.
- ¿Y París?
- Está dividido en diez y seis barrios.
- ¿Tiene cada uno de ellos el jefe designado?
- Sí.
- Pues vivamos tranquilos, por el cielo: hé aquí lo que debo decir á nuestros fieles ciudadanos.
- No te escucharán.
- ¡Bah!
- ¡Te digo que es gente endemoniada!
- Querida hermana, estás muy acostumbrada á juzgar de precipitación de los demás por tu propia impaciencia.
- ¿Me lo dices con formalidad?
- No lo permita Dios, pero la verdad es que debe hacerse lo que ha prevenido nuestro hermano Enrique. Me ha encargado que en manera alguna se precipiten los acontecimientos por culpa nuestra.
- ¿Y qué hemos de hacer? — preguntó impaciente la duquesa.
- ¿Tenemos prisa de hacer algo, hermana?
- Sí; es preciso empezar.
- ¿Por dónde?

- Por apoderarnos del rey.
- Esa es tu idea fija, y á fe que no la considero mala, si pudiera ejecutarse; pero una cosa es pensarlo y otra ponerlo por obra: acuérdate de las veces que ese mismo proyecto ha fracasado en nuestras manos.
- El tiempo ha cambiado mucho, y el rey no tiene hoy quien le defienda.
- No, si se exceptúan los Suizos, los Escoceses y la guardia francesa.
- Hermano mío, cuando tú quieras me comprometo á presentártelo en un camino y fuera de París acompañado únicamente de sus lacayos.
- Se me ha ofrecido eso cien veces, pero nunca se ha realizado.
- Se realizará, con tal que permanezcas en París tres días.
- ¿Conque tienes un proyecto?
- Di más bien un plan.
- Espero que me lo comuniques.
- ¡Oh! es una idea que sólo puede ocurrir á una mujer, y que tal vez excitará tu risa.
- No quiera Dios que sea yo quien hiera tu amor propio. Ea; veamos el plan.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

— Te estás burlando, Mayenne.

— Nada de eso: te escucho.

— Pues bien; voy á explicarme en dos palabras...

Al mismo tiempo abrió el ujier la mampara, y dijo:

— ¡Tienen á bien vuestras altezas recibir al caballero de Mayneville?

— Es mi cómplice, — respondió la duquesa: — que entre.

El señor de Mayneville fué introducido en efecto, y besó la mano al duque de Mayenne.

— Escuchadme, monseñor — le dijo: — vengo del Louvre.

— ¡Y qué hay? — exclamaron á un tiempo Mayenne y la duquesa.

— Se sospecha vuestra llegada.

— ¡Cómo así?

— Estando hablando yo con el comandante del puesto de Saint-Germain-l'Auxerrois, pasaban casualmente dos gascones.

— ¡Los conocéis?

— No; llevan trajes nuevos. ¡Ira de Dios! decía uno de ellos á su compañero: tienes una magnífica

ropilla; pero en un apuro no te prestará el servicio de la coraza que ostentabas ayer.

— No importa, — contestó el otro; — por sólida que sea la espada del duque de Mayenne, te apuesto á que no atraviesa más ni menos esta seda que el hierro de esa armadura que dices.

El gascón añadió otras fanfarronadas, indicando que tenía noticias de vuestro arribo.

— ¡Á quién pertenecen esos gascones?

— Lo ignoro.

— ¡Se han retirado en seguida?

— Lo que puedo decir es que hablaban en alta voz; que pronunciaron el nombre de V. A., y que algunos curiosos se les acercaron para preguntarles si efectivamente habíais llegado á París. Ya iban á contestar, cuando un hombre se acercó á ellos y les tocó en los hombros; ó me equivoco mucho, monseñor, ó aquel sujeto era Loignac.

— ¡Qué más? — preguntó la duquesa.

— Hablaron los tres en voz baja, y los gascones, después de dar señales de obediencia, siguieron al que había llegado á interrumpirlos.

— De modo que...

— Nada más he podido averiguar ; pero entretanto guardaos.

— ¿ No los habéis seguido ?

— Sí por cierto, aunque de lejos, porque temía ser reconocido como gentilhomme de V. A. Tomaron la dirección del Louvre y desaparecieron detrás del Guarda-muebles ; sin embargo, muchas voces repetían despues : ¡ Mayenne ! Mayenne !

— Tengo un medio muy sencillo de contestarles, — dijo el duque.

— ¿Cuál ? — preguntó su hermana.

— El de ir á saludar al rey esta noche.

— ¡ Á saludar al rey !

— Sin duda : acabo de llegar á París y le traigo nuevas de sus leales ciudades de Picardía. Nada puede decirse contra este paso.

— No es malo el medio, — observó Mayneville.

— Pero muy imprudente, — añadió la duquesa.

— Indispensable, hermana mía, — dijo el duque, — si efectivamente se sospecha mi entrada en París. Además, mi hermano Enrique ha creído que yo debía apearne en el Louvre para ofrecer al rey el homenaje de toda nuestra familia. Después de

cumplir este deber, podré obrar con entera libertad y recibir á quien me parezca.

— Por ejemplo, á los individuos de la Liga que te esperan.

— Sí ; los veré en el palacio de San Dionisio cuando salga del Louvre. Haced, pues, Mayneville, que me traigan el caballo según está y sin limpiarlo ; me acompañaréis al Louvre. Tú, hermana mía, me esperarás.

— ¿ Aquí ?

— No, en el palacio de San Dionisio, donde he dejado mis efectos y donde creen que debo pasar la noche. Dentro de dos horas iremos á reunirnos contigo.

IX.

En el Louvre.

Aquel día, que debía ser de grandes aventuras, salió el rey de su gabinete y mandó llamar al señor de Epernón.

Serian las doce.

El duque se apresuró á obedecer pasando á palacio, y halló á S. M. en pie, en uno de los cuartos primeros, examinando con atención á un fraile dominico que se ruborizaba y bajaba los ojos por no poder sostener la penetrante mirada del rey.

El rey llamó aparte á de Epernón.

— Mira, duque, — le dijo señalando al joven, — la cara graciosa de ese fraile.

— ¿Qué halla de particular en ella V. M. ? —
dijo el duque, — yo la hallo muy ordinaria.

— ¿De veras?

Y el rey empezó á reflexionar.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó al religioso.

— Fray Santiago, señor.

— ¿No tienes otro nombre?

— ¿Mi nombre de familia?... Clemente.

— Fray Santiago Clemente, — repitió el rey.

— ¿No halla también V. M. algo de extraordinario en su nombre? — preguntó riendo el duque.

El rey no respondió.

— Has desempeñado perfectamente tu comisión,
— dijo al fraile sin separar de él la vista.

— ¿Qué comisión, señor? — preguntó el duque con aquel atrevimiento que tanto le censuraban y que iba adquiriendo con la familiaridad de todos los días.

— Nada, — repuso Enrique; — es un secreto entre mi persona y otra que no conoces, ó que ya no conoces.

— En verdad, señor, que miráis á ese joven de un modo extraño y le obligáis á sonrosarse.

— Tienes razón, duque; no sé el motivo por qué

no pueden separarse de él mis miradas; se me figura que le he visto antes de ahora, ó que volveré á verle. Creo que se me ha aparecido en sueños... Vamos; ya comienzo á disparatar; puedes retirarte, buen religioso, pues has desempeñado tu comisión; se enviará la carta á la persona que la solicita: tranquilízate. De Epernón.

— ¡Señor!

— Que se le den diez escudos.

— Mil gracias, — murmuró el fraile.

— Cualquiera diría que has dado á S. M. las gracias de dientes afuera, — repuso de Epernón, que no podía figurarse que un fraile despreciase diez escudos.

— He dado así las gracias, — replicó Santiago, — porque preferiría mucho mejor una de esas hermosas dagas españolas que están ahí colgadas en la pared.

— ¿Cómo! ¿No prefieres el dinero para ir á las farsas de los juglares de la feria de San Lorenzo ó á las conejeras de la calle de Santa Margarita? — preguntó de Epernón.

— He hecho voto de pobreza y castidad, — replicó Santiago.

— Lavalette, — dijo el rey, — dale lo que pide, y que se vaya con Dios.

El duque, con toda la parsimonia que le era natural, escogió entre las dagas la que le pareció menos magnífica y la entregó al joven religioso.

Era catalana de ancha y afilada hoja, con un sólido puño de asta cincelada.

Santiago la recibió entusiasmado y se retiró; el duque acto continuo se propuso hacer algunas preguntas al rey, pero éste se adelantó diciendo:

— ¿Tienes, duque, entre tus Cuarenta y Cinco dos ó tres que sepan cabalgar?

— Lo menos hay doce, señor, y os aseguro que dentro de un mes todos serán buenos jinetes.

— Elige tú mismo dos, y haz que vengan aquí al momento.

El duque saludó, y retirándose de la estancia, llamó á Loignac á la antecámara.

El oficial gascón se presentó al cabo de algunos segundos.

— Enviadme, — le dijo el duque, — dos caballeros seguros, pues tienen que desempeñar una misión directa de S. M.

Loignac atravesó al punto la galería y llegó á

aquella parte del Louvre, que en adelante llamaremos cuartel de los Cuarenta y Cinco.

Abrió la puerta y gritó con voz de autoridad:

— ¡ Señor de Carmainges!

— ¡ Señor Biran!

— El señor de Biran ha salido, — dijo el centinela.

— ¡ Cómo es eso! ¿ Sin permiso?

— Está observando lo que pasa en el barrio que monseñor el duque de Eperón le ha designado esta mañana.

— Bien, bien; llamad en su lugar al señor de Sainte-Maline.

Los dos nombres resonaron bajo aquellas bóvedas, y al punto comparecieron los dos elegidos.

— Señores, — les dijo Loignac, — seguidme; os llama el duque de Eperón.

Condújolos en efecto á su presencia, y el duque, después de despedir á Loignac, los introdujo en la cámara del rey.

S. M. hizo una seña: retiróse de Eperón, y los dos jóvenes que daron solos en presencia del monarca.

Era la primera vez que aquello les sucedía, y

Enrique tenía un aspecto muy imponente, de modo que ambos estaban conmovidos, aunque su turbación presentaba síntomas diferentes.

Los ojos de Sainte-Maline brillaban, tenía una pierna extendida y el bigote erizado.

En cuanto á Carmainges, pálido, pero tan resuelto aunque menos arrogante, no osaba fijar sus miradas en el rostro del rey.

— ¿Sois del número de mis Cuarenta y Cinco, señores? — les preguntó éste.

— Tengo ese honor, señor, — contestó Sainte-Maline.

— ¿Y vos, caballero?

— He creído que mi compañero respondía por los dos, señor, y por eso no he desplegado los labios: en cuanto á servir á V. M., estoy tan dispuesto á ello como el primero.

— Perfectamente. Vais á montar á caballo y seguir el camino de Tours. ¿Lo conocéis?

— Preguntaré, — dijo Sainte-Maline.

— Me orientaré, — añadió Carmainges.

— Para que acertéis mejor, pasad primero por Charentón.

— Así lo haremos, señor.

— Seguid adelante hasta que encontréis un hombre que viaja solo.

— Si V. M. tiene á bien darnos las señas de esa persona...

— Lleva una espada muy larga; es hombre de largos brazos y descomunales piernas.

— ¿Podemos saber su nombre, señor? — repuso Ernaudón de Carmainges, á quien el ejemplo de su compañero impulsaba á preguntar al rey, faltando á las reglas de la etiqueta.

— Se llama La Sombra, — respondió Enrique.

— Preguntaremos el nombre de cuantos viajeros encontremos.

— Registraremos todas las posadas del camino.

— Y cuando encontréis al hombre y le reconocáis bien, le entregaréis esta carta.

Los dos jóvenes atargaron la mano al mismo tiempo, y el rey quedó un momento perplejo.

— ¿Cómo os llamáis? — preguntó á uno de ellos.

— Ernaudón de Carmainges.

— ¿Y vos?

— Renato de Sainte-Maliné.

— Señor de Carmáinges, vos llevaréis la carta;

y el señor de Sainte-Maline la entregará á quien va dirigida.

Ernautón recibió el precioso depósito y lo ocultó debajo de la ropilla.

Sainte-Maline le detuvo el brazo cuando iba á desaparecer de su vista, y besó con respeto el sello real.

— Aquella adulación hizo sonreír á Enrique III.

— Ya veo, caballeros, — les dijo, — que me serviréis fielmente.

— ¡ Tiene algo más que mandarnos V. M. ? — preguntó Ernautón.

— Nada más ; pero debo recomendaros por último una cosa.

Los jóvenes se inclinaron preparándose á escuchar con atención.

— Esa carta, señores, — prosiguió Enrique, — es mucho más preciosa que la vida de un hombre : me respondéis de ella con vuestras cabezas, así como de que la entregaréis á La Sombra, que os dará recibo y me lo traeréis : sobre todo viajad como si os obligasen á ello vuestros propios negocios. Podéis partir.

Los dos salieron de la real cámara, Ernautón

rebotando de contento, Sainte-Maline lleno de envidia ; el primero con los ojos radiantes de placer ; el segundo dirigiéndole ávidas miradas que parecían querer atravesar la ropilla de su camarada.

El señor de Epernón los esperaba y quiso preguntarles.

— Señor duque, — le dijo Ernautón, — el rey no nos ha autorizado para hablar.

Acto continuo pasaron á las caballerizas, y el picador del rey les entregó dos caballos de fatiga vigorosos y perfectamente enjaezados.

De buena gana les hubiera seguido algún trecho el duque de Epernón con el objeto de satisfacer su curiosidad, á no habersele prevenido, no bien se separó de ellos, que un hombre quería hablarle sin perder instante, á toda costa y á todo trance.

— ¡ Quién es ? — preguntó el señor de Epernón con impaciencia.

— El teniente del prebostazgo de la isla de Francia.

— ¡ Por vida de Brios ! ¡ Soy por ventura regidor, preboste ó jefe de la ronda ?

— No, monseñor, pero sois amigo del rey, — le contestó humildemente una voz á su izquierda. —

Tened, pues, á bien escucharme, merced al título que invoco.

El duque volvió el rostro y vió á su lado á un hombre que con sombrero en mano y orejas gachas pasaba á cada segundo por uno de los matices del arco iris.

— ¿Quién sois? — le preguntó el duque con muy mal humor.

— Nicolás Poulain, para serviros, monseñor.

— ¿Y queréis hablarme?

— Os pido esa gracia.

— Pues bien; no tengo tiempo para escucharos.

— ¿Ni para saber un secreto, monseñor?

— Ciento escucho diariamente, con el vuestro serían hoy ciento y uno, y por consiguiente sería uno de sobra.

— ¿Y aun cuando ese secreto interese á la vida de S. M.? — añadió Nicolás Poulain al oído del duque.

— ¡Cómo!... Sí, os oiré, — contestó éste: — venid, venid á mi gabinete.

Nicolás Poulain se enjugó la frente bañada en sudor, y siguió al duque.

—

X.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La revelación.

El señor de Epernon, al atravesar su antecámara, se dirigió á uno de los caballeros que allí hacían mansión,

— ¿Cómo os llamáis? — le preguntó.

— Pertinaz de Moncrabeau, monseñor, — respondió el caballero.

— Pues bien; colocaos á la puerta de mi habitación, y que nadie entre.

— Está bien, señor duque.

A

ca